

LA PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

por Joseph Ratzinger

Este texto es una parte del capítulo 7 del libro Jesús de Nazaret, del Papa Benedicto XVI. La traducción es de un texto publicado en italiano por Il Corriere della Sera como adelanto del libro. F. Q.

En el centro de la historia del buen samaritano (Lc 10,25-37) está la pregunta fundamental del ser humano. Un doctor de la Ley, o sea un maestro de la exégesis, es quien la plantea al Señor: “Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?” (10,25). Lucas anota que el doctor habría hecho esa pregunta a Jesús para ponerlo a prueba. Él en lo personal como doctor de la Ley conoce la respuesta que da la Biblia a dicha pregunta, pero quiere ver qué dice a este propósito ese profeta ayuno en estudios bíblicos. El Señor lo envía con sencillez a la Escritura que aquél ciertamente conoce y deja que sea él quien responda. El doctor de la Ley responde con justeza uniendo Deuteronomio 6,5 y Levítico 19,18: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo” (10,27). En relación con esta pregunta, Jesús no enseña nada diferente de la *Torah*, cuya entera significación está encerrada en este doble mandamiento. Pero este hombre docto, que de por sí conoce muy bien la respuesta a su pregunta, tiene que justificarse: la palabra de la Escritura no está en tela de juicio, pero cómo ha de ser aplicada en la práctica de la vida suscita cuestiones que son muy debatidas en la escuela (y aun en la vida misma).

En concreto, la pregunta es ésta: ¿quién es “el prójimo”? La respuesta habitual, que podía sostenerse también con los textos de la Escritura, afirmaba que “prójimo” significa “compatriota”. El pueblo constituía una comunidad solidaria en la cual cada quien tenía responsabilidades para con el otro, en la que cada individuo era sostenido por el conjunto y, por tanto, debía considerar al otro “como a sí mismo”, como parte

de ese con-junto que le asignaba su espacio vital. Pero entonces, los extranjeros, las personas que pertenecían a otro pueblo, ¿no eran “prójimos”? Esto, sin embargo, contradecía a la Escritura que exhortaba a amar aun a los extranjeros, recordando que el propio Israel había vivido en Egipto un existencia de forastero. Con todo, dónde establecer las fronteras seguía siendo un asunto discutible. En general, se consideraba como perteneciente a la comunidad solidaria y, por tanto, como “prójimo” únicamente el extranjero que se había establecido en la tierra de Israel. También eran difusas otras delimitaciones del concepto de “prójimo”. Una declaración rabínica enseñaba que no se debía considerar como “prójimos” a los herejes, los delatores y los apóstatas. (cf. J. Jeremias, p.171).

Además, se daba por supuesto que los samaritanos –los cuales, por cierto, pocos años antes entre el 6 y el 9 dC en Jerusalén habían contaminado la plaza del templo arrojando huesos humanos en los días de la Pascua– no eran “prójimos” (cf. Jeremias, p.171). A la pregunta, que se torna así concreta, Jesús responde con la parábola del hombre que, en la ruta de Jerusalén a Jericó, es asaltado por los ladrones que lo despojan y dejan medio muerto a la vera del camino. Es una historia totalmente realista porque en ese camino ocurrían asaltos semejantes con frecuencia. Pasan por el mismo camino un sacerdote y un levita –conocedores de la Ley, expertos en las grandes cuestiones de la salvación a lo cual estaban dedicados por profesión– y siguen de largo. No tenían por qué ser hombres particularmente fríos; quizá tuvieron miedo también ellos y buscaron llegar lo más pronto posible a la ciudad; o tal vez eran torpes

y no sabían por dónde comenzar a ayudar – tanto más que no parecía que hubiera mucho en qué ayudar. Después pasa un samaritano, tal vez un comerciante que debía recorrer a menudo ese tramo del camino y evidentemente conocía al dueño del albergue más cercano; un samaritano –o sea, alguien que no pertenece a la comunidad solidaria de Israel y no está obligado a ver en la persona asaltada por los ladrones a su “prójimo”.

Conviene recordar aquí que, en el capítulo anterior el evangelista ha narrado que Jesús, yendo de camino a Jerusalén, había enviado delante suyo a los mensajeros que llegaron a una aldea de samaritanos y querían prepararle un alojamiento: “Pero aquellos no quisieron recibirlo porque se dirigía a Jerusalén” (9,52ss). Enfurecidos, los hijos del trueno –Santiago y Juan– dijeron a Jesús: “Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para consumirlos?”. Pero el Señor los reprendió. Buscó luego alojamiento en otra aldea.

Y ahora se presenta aquí el samaritano. ¿Qué irá a hacer? No pregunta hasta dónde llegarán sus deberes de solidaridad, tampoco cuáles serían los méritos necesarios para alcanzar la vida eterna. Sucede algo muy diferente: se le rompe el corazón; el evangelio usa la palabra que indicaba en hebreo el vientre materno y la solicitud de la madre. Ver al hombre en ese estado le conmueve “las entrañas”, lo profundo del alma. “Tuvo compasión”, traducimos hoy debilitando la viveza original del texto. En virtud de la chispa de misericordia que enciende su alma, él se hace prójimo del otro yendo más allá de las dudas y los peligros. Por lo cual la pregunta queda transformada: ya no se trata de definir quién de entre los demás es mi prójimo o quién no lo es. La cuestión soy yo. Yo debo hacerme prójimo, de suerte que el otro cuente para mí como “si fuera yo”.

Si la pregunta hubiera sido: “¿Será también el samaritano mi prójimo?”; entonces, en esa situación concreta, la respuesta ha-

bría sido un “no” rotundo. Pero Jesús invierte la pregunta: el samaritano, el forastero, es quien se hace prójimo y me hace ver que yo desde mi interior debo aprender eso de ser-prójimo, y que la respuesta ya la llevo dentro de mí. Debo hacerme una persona que ama, una persona cuyo corazón está abierto para dejarse conmover ante la necesidad del otro. Entonces encuentro a mi prójimo, o mejor: él me encuentra a mí.

En su interpretación de la parábola, Helmut Kuhn va ciertamente más allá del sentido literal del texto y sin embargo identifica correctamente la radicalidad de su mensaje cuando escribe: “El amor político del amigo se funda en la igualdad entre compañeros. La parábola simbólica del samaritano, en cambio, destaca la desigualdad radical: el samaritano, que no pertenece al pueblo de Israel, se halla delante del otro, un individuo anónimo, es él quien ayuda derechamente a la víctima inerme de asalto de los ladrones. El ágape, así lo da a entender la parábola, atraviesa todo tipo de ordenamiento político en el cual prevalece el principio del *do ut des*, superándolo y constituyéndose así por sobre lo natural. Por principio, el ágape se sitúa no sólo más allá de estos ordenamientos, sino que llega a comprenderse como su trastrocamiento: los primeros serán los últimos (cf. Mt. 19,30). Los apacibles heredarán la tierra (cf. Mt 5,5)” (p. 68). Hay una cosa evidente: se manifiesta una nueva universalidad, que se apoya en el hecho de que yo en lo íntimo me hago hermano de todos aquellos con quienes me encuentro y tienen necesidad de mi ayuda.

La actualidad de la parábola es obvia. Si la llevamos a las dimensiones de la sociedad globalizada, vemos cómo las poblaciones de África que se encuentran despojadas y saqueadas nos conciernen de cerca. Vemos entonces cuán “próximas” son a nosotros; vemos que también nuestro estilo de vida, la historia en la que estamos involucrados juntos, las ha despojado y sigue despojándolas. En ello se incluye especialmen-

te el hecho de que las hemos herido espiritual-mente. En vez de ofrecerles a Dios, el Dios cercano a nosotros en Cristo, y de acoger así de sus tradiciones todo lo que es precioso y grande para conducirlo a su cumplimiento, les hemos llevado el cinismo de un mundo sin Dios en el cual sólo cuentan el poder y la ganancia; hemos destruido los criterios morales de suerte que la corrupción y una voluntad de poder sin escrúpulos se han vuelto una cosa obvia. Y esto vale no solo para África.

Sí, debemos dar ayuda material y debemos examinar nuestro género de vida. Pero siempre damos demasiado poco si sólo damos lo material. ¿No encontramos también en torno nuestro al hombre despojado y martirizado? Las víctimas de la droga, del tráfico de personas, del turismo sexual, personas destruidas en su interior, que están vacías aun en la abundancia de los bienes materiales. Todo esto nos concierne y nos llama a tener los ojos y el corazón de quien es prójimo, y también el coraje del amor al prójimo. Porque –como se dijo– el sacerdote y el levita pasaron de largo quizá más por temor que por indiferencia. Desde nuestro interior, debemos aprender de nuevo el riesgo de la bondad; seremos capaces de ello solo si nos hacemos “buenos” interiormente, si somos en nuestro interior “prójimos”, y si tenemos también la mirada capaz de identificar qué tipo de servicio se nos pide en nuestro ambiente y en el radio más extenso de nuestra vida, si nos es posible y si, por tanto, se nos da como encargo.

Los Padres de la Iglesia han dado a la parábola una lectura cristológica. Alguien podría decir: esto es una alegoría, por tanto, una interpretación que nos aleja del texto. Pero si consideramos que en todas las parábolas el Señor nos quiere invitar de maneras siempre diversas a la fe en el reino de Dios, ese reino que es Él, entonces una interpretación cristológica no es una lectura totalmente desviada. En cierto sentido corresponde a una potencialidad intrínseca del texto y puede ser un fruto que se desarrolla

desde su semilla. Los Padres ven la parábola en la dimensión de la historia universal: el hombre que yace medio muerto y despojado a la vera del camino, ¿no es acaso una imagen de “Adán”, del género humano que realmente “ha caído víctima de los ladrones”? ¿No es verdad que el ser humano, esta criatura que es el hombre, en el curso de toda su historia se encuentra alienado, ha sido martirizado, se ha abusado de él? La gran masa de la humanidad ha vivido casi siempre en la opresión; y desde otro punto de vista: los opresores, ¿son acaso la verdadera imagen del ser humano, o no son ellos los primeros en ser deformados, una degradación del ser humano? Karl Marx ha descrito de manera drástica la “alienación” del ser humano; aun si no llegó hasta la verdadera profundidad de la alienación porque razonaba solamente en el ámbito material, sin embargo, ha proporcionado una imagen clara del ser humano que ha caído víctima de los ladrones.

La teología medieval ha interpretado los dos datos de la parábola sobre el estado del ser humano despojado como afirmaciones antropológicas fundamentales. De la víctima emboscada se dice, por una parte, que fue despojada (*spoliatus*); por otra, que fue golpeada casi hasta morir (*vulneratus*: cf. Lc 10,30). Los escolásticos refirieron estos dos participios a la doble dimensión de la alienación del ser humano. Decían que ha sido *spoliatus supernaturalibus* y *vulneratus in naturalibus*: fue despojado del esplendor de la gracia sobrenatural recibida como un don, y fue herido en su naturaleza. Ahora bien, ésta es una alegoría que va mucho más allá del sentido de la parábola, pero representa siempre un intento por precisar el carácter doble de la herida que pesa sobre la humanidad.

El camino de Jerusalén a Jericó aparece, pues, como la imagen de la historia universal; ese hombre medio muerto a la orilla es la imagen de la humanidad. El sacerdote y el levita pasan de largo –de lo que es propio de la historia, de su sola cultura y sus religiones, no se alcanza ninguna salvación. Si

la víctima de la emboscada es por antonomasia la imagen de la humanidad, entonces el samaritano sólo puede ser la imagen de Jesucristo. Dios mismo, que es para nosotros el extranjero y el lejano, se ha puesto en camino para venir a hacerse cargo de su criatura herida. Dios, el lejano, en Jesucristo se ha hecho prójimo. Vierte aceite y vino en nuestras heridas –un gesto en el cual se ha visto una imagen del don salvífico de los sacramentos– y nos conduce al albergue, la Iglesia, en el cual nos hace curar y nos da el anticipo del costo de la ayuda.

Cada uno de los rasgos de la alegoría, que son diversos según los Padres, podemos dejarlos fuera tranquilamente. Pero la gran visión del hombre que yace alienado e inerme a la vera del camino de la historia y Dios mismo, que en Jesucristo se ha hecho su prójimo, podemos fijarla sencillamente en la memoria como una dimensión profunda de la parábola que se refiere a nosotros mismos. El imperativo imperioso contenido en la parábola no queda así debilitado,

sino que es llevado hasta su grandeza plena. El gran tema del amor, que es el auténtico punto culminante del texto, alcanza así toda su amplitud. Ahora, de hecho, nos damos cuenta de que todos nosotros estamos “alienados” y necesitamos de redención. Ahora nos damos cuenta de que todos tenemos necesidad del don del amor salvífico de Dios que se hace nuestro prójimo, para poder nosotros por nuestra parte hacernos prójimos.

Las dos figuras de las que hemos hablado conciernen a cada ser humano singularmente: toda persona está “alienada”, apartada realmente del amor (que es justamente la esencia del “esplendor sobrenatural” del cual hemos sido despojados); toda persona debe ser en primer lugar curada y fortalecida por el don. Pero después cada persona debe hacerse a su vez samaritana –seguir a Cristo y hacerse como Él. Sólo entonces vivimos de manera justa. Sólo amamos de manera justa, si nos hacemos semejantes a Él que nos ha amado primero (cf. I Jn 4,19).